

el cuadro las figuras de los dos diáconos mártires, que no pueden ser otros sino Felicísimo y Agapito, los cuales están en estrecha relación con la solemnidad litúrgica de la Transfiguración del Señor. Este parentesco de las cosas estaba en tiempo de Rafael tan presente en la memoria de todos, que nadie, en la corte de León X, pudo abrigar duda alguna sobre el verdadero sentido de aquel cuadro; el cual debía comunicar a los fieles que lo miraban, consuelo y seguridad de que el omnipotente auxilio del Salvador no faltaría tampoco aquella vez contra los enemigos del nombre cristiano. Rafael no pudo terminar sino la primera parte de la Transfiguración; en la última semana de marzo de 1520 se vio atacado de una de aquellas violentas fiebres, tan peligrosas en Roma, la cual consumió rápidamente sus fuerzas, debilitadas por el trabajo extraordinario. El Viernes Santo, 6 de abril, pasó el alma de Rafael a aquel otro mundo que en las visiones de sus cuadros tan insuperablemente había representado. A la cabeza de su féretro estaba incompleta su obra maestra, la Transfiguración.

LUDOVICO PASTOR

(De *La Historia de los Papas*).

CONFERENCIA ESCOLAR

Jesús y los niños

Queda por escribir un hermoso libro: un libro que, tomando del santo Evangelio los hechos y las palabras que hacen relación a los niños y a los jóvenes, podría presentar en conjunto las enseñanzas y los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo. Podría transcribirse en las primeras páginas la fiel relación de la infancia y de la adolescencia de Dios en Nazaret, que nos ofrece el Evangelio. Tendríamos así una adorable historia y un código admirable de proce-

dencia divina. Se titularía : *El Evangelio de la juventud*, y podría dedicarse a vosotros, queridos hijos míos.

Hágalo quien quiera. Mas me gustaría leerlo que escribirlo ; porque tocar el Evangelio para hacer salir de él la chispa y el rayo, equivale a tocar una poderosa máquina eléctrica : el relámpago hace temer el rayo. Jamás me pongo a hacer el comentario del Evangelio, sin recordar temblando lo que está escrito : “ *El que escudriña la majestad, será oprimido por su gloria.*”

Y sin embargo, hijos míos, quiero dirigiros algunas palabras del libro inagotable ; algunas gotas más de ese divino néctar. Quiero presentaros la omnipotencia y la misericordia, siempre al servicio de la infancia y de la juventud. Consideraré a Jesucristo *glorificando* a los niños, *ben- diciendo* a los niños, *curando* a los niños. ¡ Oh ! Jesús, en silencio se prosternaban y en silencio os adoraban cuantos os velan *amar, bendecir y curar* así. Quisiera hacer como ellos, y callar.

I

Cuando hablaba de vosotros, Nuestro Señor Jesucristo pedía a los hombres que os respetasen. “ No tengáis en poco, decía un día a sus discípulos, a uno de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles siempre ven la cara de mi Padre que está en los cielos.”

Hay una clase de hombres, no son los mejores, ciertamente, que os tendrán en poco, porque sois pequeños : *unum de pusillis istis*. Engañanse en verdad. No os trata así Jesús. Fuisteis ennoblecidos por ÉL mismo, fuisteis hechos príncipes de su corte el día en que por el bautismo se os declaró herederos del reino de los cielos. Y esperando que un día habéis de tomar posesión de vuestro trono, quiere que ante EL tengáis un representante. Allí están vuestros ángeles hablando de vosotros e intercediendo por vosotros.

Hay diferentes clases de hombres que conspiran contra vosotros. Hay quien ha tomado a su cargo la infernal misión de hacer que decaiga el cristianismo de la juventud, abriendo a su paso un abismo sin fondo que yo llamaría el calabozo de la escuela sin Dios. Escuchad a Jesucristo, y temblad por los que pervierten vuestras almas : “ ¡ Desgraciado aquel que escandaliza a uno de estos pequeñitos !” Escandalizar es hacer caer. ¿ Y qué otra cosa hacen ? Después, ¡ terrible cosa !, añade : “ Más le valiera no haber nacido, o que después de nacer les hubieran colgado al cuello una piedra de molino, y los hubieran anegado en lo profundo del mar.” Lo habéis oído. Se ha constituido el Señor en vengador de la inocencia : estáis bajo su protección, y armada del rayo está la mano que os cubre.

Además de los enemigos de fuera, están en segundo lugar los enemigos de dentro. Estos están en vuestro derredor, por todas partes, quizá aquí mismo. Son los que con sus ejemplos, con sus discursos, con sus instigaciones, son motivo de escándalo para los pequeñitos ; los que les hacen cometer el pecado, los que les enseñan el pecado, los que los arrastran al pecado. No es suficiente para ellos el fondo de aquel mar en que la vengadora justicia de Dios amenaza sumergir a los escandalosos y a los seductores. Habla la Santa Escritura de un lago de fuego y de azufre, donde serán precipitados, no sólo el demonio del infierno, sino también todos esos demonios de este mundo que son sus émulos y sus hermanos. Hacéis el oficio del demonio, tendréis la suerte del demonio.

Escuchad todavía más ; hay para vosotros otra clase de glorificación. Disputaban un día los Apóstoles sobre cuál de ellos había de ocupar el primer lugar en el reino del Hijo de David. Tomó el Maestro un niño pequeñito, y colocándolo en medio de ellos, les dijo estas palabras : “ Si no os hicieris semejantes a este niño, no entraréis en el reino de los cielos,” que, si no me engaño, quiere decir :

en la Iglesia cristiana aquí abajo, y en el paraíso allá arriba.

Habéis, pues, sido, hijos míos, propuestos como modelo a los que son más grandes que vosotros. Es necesario ser como vosotros. Y para entrar en el espíritu del verdadero Evangelio nos es necesario volver a vuestro candor, a vuestra ingenuidad, a vuestra sencillez. ¡Habéis sido honrados con la misión de enseñarnos el camino!... Es lo que sucedió un día a San Juan Berchmans. Siendo todavía niño, acompañaba a su señor, el canónigo Juan Groymont, en una peregrinación a Nuestra Señora de Montaigu. Era en los días de Pentecostés. El canónigo iba a caballo, el niño a pie. Cuando volvían, solos y sin guía, se extraviaron en un bosque; bosque famoso, frecuentado por gentes de mal vivir, y en el cual habíanse verificado recientes asesinatos. Se levantó una tormenta amenazadora con gran acompañamiento de relámpagos y truenos. Errantes durante muchas horas, concluyeron los dos peregrinos por caer en un estrecho barranco, por donde apenas sí podía pasar el caballo. El canónigo tuvo una inspiración que él creyó del cielo. Bajó del caballo, y poniendo en él a Juan, siguió él detrás. "Este niño, dijo, me conducirá y guardará; lo coloco ahí, y Dios lo verá desde el cielo. Entre tanto rogaré a su Ángel, y ¿acaso no es él mismo un ángel?" Apenas acaba su oración, estalla el rayo, se ilumina el cielo, se ve un monstruo que se echa a los pies de Berchmans, y desaparece súbitamente. Cállese la tempestad, y allá, a lo lejos, divísase el campanario de Arschott: era el punto a donde se dirigían.

Hé aquí, hijos míos, vuestra imagen. El cielo está oscuro, la tempestad amenaza; aparece peligroso el camino, y por doquiera está infestado de enemigos. Pero lo ha dicho Jesucristo: Pongamos delante los niños; nos guardará su inocencia, y nos guiarán sus ángeles buenos. ¿Tenemos algo mejor que hacer que seguimos para llegar al fin de nuestra jornada? *Nisi efficiamini sicut parvuli....*

Poneos a la cabeza de un siglo que va a comenzar, que tendrá necesidad de abjurar y olvidar su mentida sabiduría, si quiere llegar a la ingenua fe de vuestra edad. Feliz él, si, aprendiendo de vosotros, sabe entrar por las vías del cristianismo, y se hace grato a Dios. El verdadero cristianismo no es de la raza de los expertos e inteligentes, sino de la de las gentes sencillas. Se parece a la caridad de la cual se ha escrito que lo cree todo, que lo espera todo, que nada envidia, y todo lo soporta. De la raza de los expertos eran los fariseos, y los reprobó Jesucristo, mientras prefirió a los Apóstoles, que eran de la clase de las gentes sencillas.

Guardaos vosotros, hijos míos, de perder la distinción de esa virtud que yo llamo divina, porque Dios es simple por esencia: la simplicidad es uno de sus atributos. Seréis grandes un día, hoy permaneced sencillos; seréis sabios, apareced hoy humildes; seréis ricos y poderosos, apareced hoy pobres y débiles. Sencillo como la virtud verdadera es el verdadero genio. Sólo los fatuos se encaraman y trepan para manifestar exteriormente un valor que no tienen interiormente. Nombrad, si sabéis, un solo genio que no haya ostentado el sello del candor y de la sencillez. Nombrad un solo santo que no haya hablado, que no haya obrado y que no haya vivido con sencillez. Precisamente es ese uno de los más poderosos encantos, y no nos cansamos de admirar esos seres tan grandes y tan humildes a la vez, que con una mano han tocado a los ángeles y con otra mano a los niños. El sentimiento que inspiran es el atractivo más dulce acompañado del respeto más profundo. No hay quien tenga menos pretensiones, y al mismo tiempo no hay quien no conquiste más seguras simpatías y más grande admiración. Acudimos a ellos con tanto mayor seguridad cuanto nos manifiestan, sin darse cuenta de ello, mayor condescendencia. Y no pudiendo igualarles en todo aquello en que nos son superiores, nos congratulamos de reconocerlos sencillos, y nos animamos a llegar hasta ellos; y entonces nos

formamos más ventajosa idea de la humanidad, viendo que hombres tan excepcionales no son, ni quieren ser otra cosa que hombres como nosotros.

II

Pero continuemos, hijos míos; tengo un cuadro admirable para desarrollarlo ante vosotros. Habéis leído en *Atalia* la escena de la coronación del joven Joás por el gran Sacerdote. Quiero haceros a vosotros mismos testigos de vuestra coronación por Jesús.

En aquel tiempo acababa Jesús de salir de Galilea: llegó, dice el Evangelio, *in fines Judaeae, trans Jordanem*, a la orilla derecha del río. Los discípulos, que no se nombran, pero que eran sin duda los padres y las madres de aquellos niños, le presentaron allí sus hijos. He traducido mal; no se trata de una simple presentación: era una ofrenda, *offerebant*. Era una ofrenda semejante a las primicias que prescribía hacer al Señor en su templo la ley de Moisés; una ofrenda como la del cordero blanco, sin mancha alguna, y de un año, que el mismo Señor exigía para sus altares; una ofrenda igual a la de Samuel hecha por Ana, su madre. ¿Y qué ofrenda más pura podía hacerse al Señor que la de un niño que conservaba toda su inocencia?

¿Y qué pedían a Jesús aquellos padres? El Evangelio indica tres gracias: *ut tangeret eos*, que se dignase tocarlos, que aplicase a ellos su tacto santificador. ¡La aproximación a Jesús! ¡el contacto de Jesús! ¡Sobre todo su divino contacto en la comunión! ¡qué favor! ¡qué felicidad! Comprendo sí, comprendo la solicitud de aquellos padres por llegar hasta Jesús con sus hijos y con sus hijas. ¿No hubieran hecho otro tanto vuestros padres y madres?

En segundo lugar pedían que se dignase poner sobre ellos la mano: *ut imponeret manus*. La imposición de las manos indica la toma de posesión; puesta sobre todo vuestro ser la mano del Señor, pertenecéis a ÉL más que a vuestros padres, más que a vosotros mismos.

En fin, la tercera cosa que pedían a Jesús era que orase por sus hijos; *ut oraret*. ¿Sabían que era omnipotente su oración, la oración de un Dios dirigida a un Dios? ¡Oh Jesús! ¡oh Maestro! inclinaos con bondad hacia ese lirio de los campos que no hila ni trabaja, pero que habéis sabido Vos cubrir con el blanco vestido de la inocencia más pura. Inclinaos sobre esos pajaritos inconstantes y alucinados, para que ninguno caiga en la tierra sin el permiso de vuestro Padre celestial. Sostened esas cañas movidas por el viento, para que no se quiebren al soplo del aquilón. ¿No es esto, hijos míos, lo que decimos todos los días por vosotros ante el altar?

Leo inmediatamente en el Evangelio: *Discipuli autem increpabant eos*. Había allí hombres que al ver a los niños que se acercaban a Jesús, se oponían por ello a los padres y a los hijos. Se ha traducido alguna vez *discipuli* por apóstoles, y se acusa a los Apóstoles de haber separado de Jesús a los niños. Es un contrasentido, es más todavía, es una injuria que sostengo no tiene fundamento. Jamás los Apóstoles se han opuesto a que los niños se lleguen a Jesucristo, al catecismo de Jesucristo, a la escuela de Jesucristo, al altar de Jesucristo. Tienen ya demasiado esos desgraciados que alejan a los niños, con poder llamarse *discipulos*, pues que lo son por el bautismo; pero no han llegado a tener bastante fe para comprender que sin el Señor no hay educación, ni bendición, ni santificación de la infancia y de la juventud. Ellos y sólo ellos son los que consideran un crimen en vosotros y en vuestras familias la preferencia que dais a las lecciones de la Iglesia de Jesucristo. “No veis, dicen como los fariseos, que el mundo va a él: *Increpabant eos*.”

Comienzan por las quejas, pero no se detienen ahí: *Et comminabantur offerentibus*. De las quejas pasan a las amenazas. ¿Y con qué amenazan a los niños y a los padres? Con la pérdida de la confianza de los príncipes del pueblo, esto es, del gobierno; con las denuncias de los escribas,

esto es, de los cronistas y gacetilleros. Amenazan con la exclusión de todos los empleos, que están siempre a disposición de los judíos de todos los tiempos: *ut extra synagogam fieret*. Si tradujerais estas palabras en francés, seguramente que os resultaría un francés muy moderno. Pero ¡ah! hijos míos, los hechos se encargarán de la traducción.

¿Y qué hace Jesús? Leamos, y escuchad: *Quos cum videret Jesus, indigne tulit*. Saben ciertamente que hacen al Señor un tal ultraje, que él considera su conducta como una indignidad, y oyen de sus labios esta explícita declaración: "Dejad a los niños, les dice, dejadlos que vengan a mí." Dejadlos venir, *sinite*; ¡ah! no hay más que dejarlos; ellos irán por sí mismos. No hay niño regenerado con las aguas del bautismo, que no lleve en sí un imán sobrenatural que lo lleva a Jesucristo. No pedimos más que libertad, *sinite*; nada de proscipciones, nada de obstáculos, nada de imposiciones, fuéa el monopolio legal, y toda la juventud del país se dirigirá hacia Dios como el helianto hacia el sol.

Insiste Jesús: *Nolite prohibire eos*. Guardaos de impedirselo; es un crimen, *nolite*. Es un atentado a la libertad; más aún, lo es a la equidad, porque esos niños tienen una soberanía que nadie puede arrebatárselos; tienen un reino; y pronuncia Jesús la gran palabra: *Talium est regnum coelorum*: de ellos es el reino de los cielos.

Jamás se dijo de vosotros nada más admirable. Me acuerdo haber leído en Guillermo de Tiro que un día, en el siglo XI, habiendo sorprendido el Conde de Boloña a tres de sus hijos que, jugando, se ocultaban bajo el manto de su madre, la bienaventurada Ida, de la sangre de Carlo Magno, y preguntándola, sonriendo, qué clase de tesoro era el que tenía oculto: "Son tres grandes príncipes, respondió en tono de profecía aquella madre; el primero será duque, el segundo rey, y el tercero conde." El primero fue efectivamente el ilustre Godofredo de Bouillón, duque de Lorena y jefe de la primera Cruzada; el segundo fue Balduino, rey de Jerusalén, y el tercero Eustaquio III, conde

de Boloña, y que sucedió a su padre. Yo puedo hacer de vosotros, hijos míos, más hermosa profecía; y apoyado en la palabra de Dios, os declaro a todos presuntos herederos del reino de los cielos.

Dicho esto, sigue el Evangelio, se aproximaron los niños, y Jesús los abrazó: *amplexans eos*. La educación es obra de amor, pero de amor fundado en Dios. Es necesario colocar los niños en los brazos de Jesús. Es necesario amarlos con el corazón de Jesús, esto es, con un amor puro, casto, desinteresado, paciente, grande como el corazón de un Dios, fuerte como el corazón de una madre.

En seguida pone Jesús la mano en la cabeza de los niños: *Imponens manus*. La obra de la educación es obra de protección. Una mano divina guarda vuestra frente. ¡Valor! no habrá quien se atreva a tocaros; pero es necesario que vuestras frentes sean puras, sin mancha. Si encontrara esa mano divina en esa frente la lepra del pecado, se retiraría inmediatamente; y pesaría sobre ella otra mano, la mano de hierro del tirano de las almas, la abrasada mano del demonio.

En fin, Jesús los bendice. La bendición que os trae aquí Jesús, es la bendición de la gracia para santificaros, haciendo correr por vuestras frentes esa unción de los Santos Sacramentos que os perfuma y consagra para la vida eterna.

III

Pero basta con lo dicho respecto de las palabras de Jesucristo pronunciadas sobre vosotros. Veamos sus actos, y recordemos los milagros de poder y ternura que ha obrado para curaros y resucitaros este tan buen Amigo.

Había un joven enfermo en la ciudad de Cafarnaúm, ciudad semirromana, situada en las riberas del lago de Tiberíades, de abundantes riquezas y de comercio extraordinario, como la vuestra. Al parecer el joven era de buena familia, pues su padre, hombre respetable en la población,

es designado en el Evangelio con el título de *regulus*, especie de príncipe. Mas, ¿de qué sirven todas las grandezas para el que va a perder su hijo? Ved, pues, a aquel padre, a aquel poderoso a los pies de Jesús de Nazaret. Le suplica y le ruega, porque su hijo va a morir, está en las puertas de la muerte: *Incipiebat enim mori*: “Venid, de ésta, venid a verle antes que muera.” No se necesitaba tanto para enternecer a Jesús en favor de tal edad y de semejante desgracia. También ÉL es padre, y no espera ni un momento para obrar aquel prodigio. “Anda, dice al padre, tu hijo vive.” Aquella palabra bastó para devolverle su hijo.

También yo, Jesús mío, soy padre. Quizá haya en este Colegio alguno de mis hijos en peligro de muerte espiritual, al pie de la horrorosa tumba del pecado: delante de sus ojos palidece ya la luz de la verdad; frío está su corazón, y si le devora el calor de la fiebre por las cosas del mundo, ¡ah! es de hielo para vuestro santo amor; no come ya del pan que da la vida eterna, y si no os llegáis a él, va a morir muy pronto. Yo también, tan desgraciado como aquel padre, de rodillas ante vuestro altar, os suplico que pronunciéis una palabra de vida sobre ese querido moribundo que conocéis como yo y que amáis más que yo. Bástale una de vuestras palabras de perdón y de resurrección. Y cuando me hayáis respondido: “Anda, que tu hijo vive,” Dios de la vida, vuestra palabra será todo mi gozo, porque, como aquel feliz padre, no tengo más que un deseo, Dios mío y Maestro mío, que esta casa, toda esta casa os sea siempre fiel: *Credidit ipse et domus ejus tota*.

Otro día curó Jesús a un pobre niño poseído del demonio. ¿No hay alguno entre vosotros poseído también del demonio, del demonio del orgullo y de la sensualidad? Aquel maldito espíritu era dueño y señor del cuerpo lo mismo que del alma de aquel niño: el espíritu lo tomaba, daba súbitamente voces, lo tiraba por tierra, lo quebrantaba haciéndole echar espuma, rechinar los dientes y dar es-

pantosos rugidos. El Evangelio nos describe aquel furor y aquellos horrores. Es la imagen de un alma esclava del pecado. El padre había llegado a los Apóstoles, suplicándoles que librasen a su hijo. Jesús estaba entonces en el Tabor en el momento solemne de la Transfiguración. Pero bajó Jesús de la montaña de su gloria, y al llegar al lugar del suceso, una voz se elevó hasta ÉL: “Maestro, ten piedad de mi hijo, es mi hijo único.” Jesús se deja enternecer a la vista de aquel desgraciado que, presa de horribles convulsiones, se revuelca a sus pies. Con una de aquellas palabras que hacen temblar los abismos, manda Jesús al maligno espíritu que suelte la presa. Y tomando al niño de la mano, lo levanta y lo entrega a su padre: el niño está sano.

El Evangelista San Marcos añade que aquel espíritu era el espíritu inmundo. *Comminatus est spiritui immundo*. Y cuando los Apóstoles preguntan a su Maestro, ¿por qué no han podido ellos lanzar aquel espíritu? “Esta clase de demonios, dice Jesús, no puede vencerse sino con la oración y el ayuno.” Orar, mortificarse, llevar una vida laboriosa, sobria, penitente y retirada, vivir de la oración y de la piedad, son los medios únicos para librarse de la obsesión impura. Es remedio divino.

Esa escena evangélica podréis verla un día en el museo del Vaticano; en el gran cuadro de Rafael: *La Transfiguración*. Jesús aparece en el Tabor resplandeciente de gloria; el energúmeno está abajo, volviéndose convulsivamente hacia las alturas bañadas de luz, donde aparece triunfante el glorioso médico. Hacia aquel lado, hacia Jesús, se vuelven todas las miradas, se tienden todas las manos, y se abren todos los labios temblorosos y pareciendo decir: “Sólo Aquél puede curar.” No hay quien hable con más arrebatadora elocuencia al corazón y al pensamiento que ese contraste sublime de la debilidad por un lado, y de la felicidad por otro. En cuanto a mí, sé cuál es mi lugar en ese cuadro: es el de aquel padre que está de rodillas

pidiendo la curación de su hijo; he pedido también el ardor irresistible de su oración a Jesús. Hay también otro lugar digno de envidia: es el de los personajes, quizá los Médicos, que la adulación de Rafael puso en un apartado y sombrío paraje de la dichosa montaña, y que admitió él al espectáculo de la transfiguración del Hijo de Dios. Pero a mi edad puede esperarse con paciencia, aunque no esperaré mucho tiempo para ver a Jesús más de cerca y más hermoso en el cielo.

Otra escena. No se trata aquí de un joven enfermo, sino de un joven difunto, hijo de una pobre viuda de Naím, que a su paso encuentra Jesús. Le acompaña fúnebre cortejo, y pronto habrá recibido sepultura. ¡ Ah, hijos míos! nada más triste en un hogar que la muerte de un joven; pero es más triste todavía la muerte de un alma. ¡ Qué dolor el de una madre derramando lágrimas sobre el cadáver de su hijo! ¡ pero cuánto más grande es el dolor de nuestra madre la Iglesia llorando nuestra muerte eterna! ¿ Sois vosotros alguno de esos hijos? ¿ Sois alguno de esos muertos víctimas del pecado mortal? Para dicha y felicidad vuestra he visto a Jesús que ha pasado junto a vosotros. Ha hecho detener el fúnebre cortejo de los que es llevaban al sepulcro. ¿ No los conocéis? Dirigiéndose a vosotros, os ha dicho: " Joven, Yo te lo mando, levántate." Y vosotros os habéis levantado con valor, y os habéis sentado con confianza. El Todopoderoso os ha tendido la mano, y habéis resucitado. Jesucristo ha vuelto un hijo a la madre de las almas.

Os he dicho lo que ha hecho el Señor en favor de los niños, y ¿ nada harán los niños en el séquito de Jesucristo? ¿ Cómo han correspondido ellos? Leamos todavía el Evangelio. Fijad vuestra atención en otra escena. Es vuestra correspondencia, la correspondencia de los niños a las bondades de Dios.

Era el día de la entrada solemne de Jesús en Jerusalén, cuando iba a ofrecerse a sí mismo en sacrificio. Las

turbas le hicieron un gran recibimiento, cubriendo el camino con palmas y ramas de olivo, y echando a su paso sus vestidos por el suelo, como se acostumbraba con los reyes de oriente, y saludándole con los nombres de Hijo de David y Rey del pueblo de Israel. Y sin embargo, El estaba triste, y mirando las murallas de Jerusalén que habían de ser destruidas un día por Tito, lloraba. Al llegar al atrio del Templo, voces argentinas resuenan bajo sus bóvedas: " ¡ Hosanna al Hijo de David!" Una vez más se indignan los fariseos, y pretenden acallar aquel ¡ *Hosanna!* Los vivas y las aclamaciones se repiten sin cesar, que es difícil, hijos míos, acallar vuestros entusiasmos. Jesús interviene, y se declara en favor de los niños. Y el que vive y reina entre las armonías de todos los mundos y de todos los ángeles, declara que para El las más agradables armonías son las que forman las voces que salen de labios halbucentes.

Lo mismo acontece hoy en nuestra sociedad: Jesús tiene por la infancia amor de predilección; pero sabe también Jesús que entre los niños es El objeto de los más tiernos amores. En aquel siglo, en el tiempo de la Pasión del Señor, mientras los fariseos, los príncipes del pueblo y los escribas conspiraban contra Dios y contra su Cristo, a la sombra de aquel templo en que se educaba, había una infancia y una juventud que le aclamaban, que le glorificaban, que pedían que viviese y reinase, y que su amor se elevase por encima del odio de sus enemigos. Hoy también hay colegios cristianos, hay seminarios, hay internados donde se repite diariamente el *Hosanna*, mañana y tarde, en presencia del Rey de reyes que tiene su trono en nuestros altares. Hay todavía triunfos sagrados que cubren Jesús todos los días; hay cortes y cortesanos que se llaman congregaciones y congregantes; fiestas que tienen el nombre de comuniones generales y primeras comuniones; palmas que se arrojan a sus pies y que son las palmas de las distribuciones de premios. Y a la cabeza de esas manifestaciones de fe y de amor hay jóvenes, portentos de santi-

dad, que llevan el coro. Ayer se llamaron Luis Gonzaga, Estanislao de Kostka, Juan Berchmans; hoy tienen otros nombres que serán conocidos un día. Son el consuelo de la Iglesia perseguida, y en ellos encuentra su consuelo Jesús.

Es cierto que tales alabanzas y tales aclamaciones no salen de las academias ni de los labios de los doctores: son alabanzas que escapan casi inarticuladas de labios que todavía no saben el lenguaje de la adulación, *ex ore infantium*. Pero agradan muy mucho al Señor, porque son el lenguaje del corazón; y vaso puro es el corazón de donde salen, vaso cerrado a nuestras corrupciones, y embalsamado con el amor de un Dios.

MONSEÑOR BAUNARD

El Congreso Eucarístico y el Colegio del Rosario

ACUERDO NUMERO 6 DE 1913

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

CONSIDERANDO

1.º Que los Ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de Colombia han convocado un Congreso Eucarístico Nacional, en que deben estar representadas todas las entidades católicas de la República;

2.º Que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario es, por voluntad de su Fundador, por precepto de sus Constituciones y por sus tradiciones más de dos veces seculares, un Instituto esencialmente católico;

3.º Que el Fundador del Colegio ordena en las Constituciones que se tribute culto especial a la Sagrada Eucaristía, que debe ser para los colegiales "vida de sus almas y entendimiento de sus estudios";